

# La faceta más oscura del catolicismo: La Inquisición

Que duda cabe que la Inquisición es uno de los temas más complejos que se pueden tratar, tanto desde la óptica histórica, como de la visión puramente creyente (o escéptica), como del simple análisis humano. Son muchos los factores que inciden en este aspecto tan oscuro de la historia humana.

Cuando hablamos de Inquisición es frecuente asociarla a la Inquisición Española, casi de forma inconsciente, como si esta hubiera sido la única existente. Sin embargo la Inquisición desarrolló su actividad no solo en España, si no también en Portugal, Francia e Italia (y los territorios que, de las respectivas coronas, dependían). ¿Podemos decir entonces que el norte de Europa y el Reino Unido se libraron de ella? Aunque la respuesta inmediata es un sí, el tema es de hecho mucho más complejo. Henry Kamen (historiador británico) apunta la imposibilidad de enraizamiento de la práctica inquisitorial en esas áreas europeas por el hecho de que la Inquisición basa su fundamento en el Derecho Romano, y la dificultad de trasladar esta institución al Derecho Anglosajón. A ello hay que añadir el desarrollo del protestantismo, que nace precisamente en el norte de Europa, limitará de forma considerable la capacidad de Roma de extender su control, y, por ende, el de sus instituciones.

¿Quiere decir ello que estas sociedades estuvieron libres de mecanismos represivos? No, en absoluto. De hecho los sistemas de represión fueron tan perversos y violentos como los de la Inquisición, e incluso más. En el tema de la brujería, las persecuciones realizadas en el norte de Europa fueron considerablemente mayores, más violentas y de consecuencias mucho más terribles. La diferencia fundamental es que, al no existir una estructura organizada, reglamentada, funcionarizada, la responsabilidad se diluye, no hay un culpable único al que señalar con el dedo.



¿Minoriza esto las responsabilidades de la Inquisición? Nuevamente la respuesta es no. Esta ha sido, precisamente, una de las argumentaciones utilizadas por quienes han salido en defensa de esta institución. La comparativa de daños atribuibles a terceros con los causados por la organización eclesial. Pero esta argumentación

adolece de un defecto fundamental: el que un tercero provoque tanto o más males no es justificación para los propios.

Otra de las defensas utilizadas a favor de la Inquisición ha sido resaltar que se ha magnificado los casos de ejecuciones derivadas de los procesos. Recientes estudios (solicitados por el propio Vaticano – Simposio internacional bajo la coordinación científica de Agostino Borromeo, profesor de la Universidad de Roma La Sapienza) rebajan las mismas, en el caso español que es el que más trascendencia ha tenido, en un 1,5 a un 2% de los 130.000 juicios seguidos en su periodo de vigencia, desde 1478 a 1834, los que situaría las muertes reales en un abanico de 1950 a 2600. Lejos quedan los miles de muertos que apuntaba Llorente. Sin embargo esas cifras también deben ser consideradas con cierto escepticismo, pues si es verdad que son concordantes con el periodo más documentado (1540-1700), la información correspondiente a periodos anteriores es muy escasa, precisamente de la época más activa.

Debe hacerse la salvedad de que estamos hablando de la Inquisición Española, no la Inquisición en España que es bastante anterior ya que en el Reino de Aragón tuvo presencia la Inquisición Papal a principios del siglo XIII, como consecuencia de las acciones emprendidas contra los albigenses.



Por otra parte, parece que minimizando las muertes queden justificadas las demás acciones. Recordemos que, además del ajusticiamiento, las penas podían implicar prisión, galeras y pérdida de bienes, y que los efectos económicos y sociales recaían no solo sobre el enjuiciado, si no también sobre su familia y descendientes. Es decir que los que sufrían las consecuencias de la acción de la Inquisición eran un múltiplo de los encausados. Si se reconocen 130.000 personas perseguidas por la Inquisición podemos afirmar que los afectados, en cálculos a la baja (4 personas por familia), no bajarían de los 520.000.

Pero más allá del número de muertos o afectados por la práctica inquisitorial, está el fundamento de la propia Inquisición y sus efectos sociales. Uno de los argumentos más utilizados es la afirmación de que no se pueden juzgar estas prácticas desde la óptica actual. Que la actuación de la Inquisición entraba en lo que era lo cotidiano en el modelo de sociedad existente. Que la mentalidad actual, en la que privan los derechos individuales, no puede trasladarse al pasado. Que la escala de valores era diferente y que en

función de la misma, las prácticas utilizadas no tienen el mismo valor que hoy les asignamos.

Esta afirmación es tramposa porque entremezcla verdad con mentira y presupone una gradación evolutiva en el pensamiento, desde una escala de valores a otra en un proceso gradual, cuando la realidad no es esta.

Veamos algunos ejemplos de la falsedad de estos planteamientos. Empecemos por la práctica de la tortura. En el siglo IX, el papa Nicolás I había condenado las prácticas de tortura por considerar que violaban las leyes humanas y divinas y no será hasta inicios del siglo XIII en que empieza a usarse en el ámbito secular y en 1252 es autorizada por Inocencio IV para los casos de herejía.

De la misma forma, las prácticas generalizadas de indefensión (desconocimiento de cual es la acusación, ocultación de la identidad de testigos y acusadores, carencia de defensor) son condiciones desconocidas, inexistentes en los procesos seculares. Es por tanto falso que los procedimientos de la Inquisición fueran los propios de la época. Más bien es la propia Iglesia que los introduce y generaliza.

La afirmación de que los valores de la sociedad que dio génesis a esta institución, por su propia trascendencia, condicionaban la existencia de la Inquisición es también una falsedad. Se alega que el bien supremo de la salvación del alma justificaba las acciones encaminadas a este fin, fueran estas las que fueran. Sin embargo el hecho es que no es hasta el siglo XIII en que se siente la necesidad de perseguir la herejía. ¿Quiere esto decir que en los primeros 1200 años no se dieron herejías? Falso. Basta un repaso superficial a la historia de la Iglesia para constatar que el concepto de herejía ha sido inherente con la propia historia del cristianismo. Así que la pregunta es ¿Por qué se siente la necesidad de reprimir violentamente a quien disiente a partir del siglo XIII?

La motivación hay que buscarla en la complementariedad de intereses entre el poder político y el religioso. En ese momento no existe la Inquisición como la conocemos hoy. No es una organización propiamente dicha. Son acciones encomendadas por el papa y concretadas en tiempo y lugar. De hecho no será hasta la constitución de la Inquisición Española, cuando se establezca como entidad organizada y estructurada. Pero lo cierto es que en sus estadios iniciales son motivaciones de peso, tanto los intereses de la corona francesa, como los papales. Y su objetivo no es otro que los albigenses (también conocidos como cataros, "los perfectos").

¿Qué intereses comunes unen a la corona francesa y al papado? Por parte de la corona francesa, su deseo de anexionarse el Languedoc,

por parte del papado la existencia de una nueva religión (el catarismo tiene unas características que son más propias de una religión independiente que de una herejía, aunque contenga elementos comunes con el cristianismo) que pone en cuestión a la Iglesia Católica, tanto desde un punto de vista práctico (críticas a la opulenta vida de los clérigos), como a las discrepancias teológicas. La puesta en evidencia de la jerarquía eclesiástica por comparación entre prédica y actos, de unos y otros, es tan clara que cuestiona la autoridad del Vaticano. Así pues la puesta en común de los intereses entre el poder civil y el poder religioso serán los desencadenantes de esta alianza que se materializa en la Inquisición, donde a cada uno le corresponderá un papel a desempeñar.

Ahondando en la falsedad de la creencia en un proceso gradual en lo relativo a los valores de la tolerancia, recalcar que el cristianismo es lo que es, precisamente, gracias al hecho de la existencia de tolerancia religiosa en el Imperio Romano. Sin ella, el cristianismo, simplemente no habría existido. Es más, para los primeros Doctores de la Iglesia (Tertuliano, San Ambrosio de Milán, San Juan Crisóstomo) *"no es lícito que una religión aplaste a otra con violencia"*, máxima que sus sucesores olvidaron e incumplieron sistemáticamente.

La conclusión, por tanto, lógica es que es el propio cristianismo el que, haciendo uso y abuso del poder adquirido, pervierte y anula los principios de tolerancia. Pretender justificar las acciones de la Inquisición en base a una falta de tolerancia en la sociedad existente es querer ocultar las responsabilidades incuestionables de la Iglesia Católica.

Un ejemplo más de cómo la presentación de los hechos puede condicionar su interpretación. Es fácil encontrar textos de renombrados historiadores en el que se parte de la concepción de que la implantación de la Inquisición Española fue la consecuencia de la existencia de prácticas judaizantes. Es decir se constata el hecho de que judíos conversos (cristianos nuevos) practican en secreto su antigua religión. Ello obliga a la Iglesia a intervenir para subsanar el error y evitar su extensión. Lo que no se analiza es el proceso de conversión, es decir como esos judíos llegaron a ser cristianos. Si entramos en este análisis nos encontramos con que estas conversiones son, en la mayoría de los casos, consecuencia de las persecuciones y presiones populares incitadas, alentadas y dirigidas por miembros del clero. Estas acciones altamente violentas buscaban la "conversión" forzada de la comunidad judía. ¿Puede alguien suponer que estas conversiones, condicionadas por la búsqueda de la seguridad y la salvación física ante la violencia cristiana, lo fueran por convencimiento real en el cristianismo? Está claro que no. La práctica judaizante es la consecuencia directa de la violencia cristiana sobre

las minorías judías. Son los propios cristianos los causantes de la existencia de judaizantes. Por ello pretender justificar la existencia de la Inquisición en base a los judaizantes es pretender ignorar quien es el verdadero responsable de la situación.

Y es precisamente esta situación concreta que se da entre la desaparición de una sociedad plural y tolerante (periodo de Alfonso X "el Sabio", 1221-1284, fomentador de las tres culturas, cristiana, hebrea e islámica) hasta la expulsión de los judíos por parte de los Reyes Católicos (1492), que es la culminación de las acciones antisemitas que se dan desde finales del siglo XIV, como los cruentos pogromos de 1391 con cientos de muertos en Sevilla, Córdoba, Valencia o Barcelona. Las conversiones masivas son, en este caso, la forma de huir de la violencia cristiana.

Lógicamente la suma de pogromos y expulsión final eleva tanto las conversiones como los actos judaizantes hasta un máximo, para posteriormente, diluirse los casos juzgados por este motivo en el conjunto del resto de posibles causas de persecución inquisitorial. De ahí mis dudas sobre las conclusiones basadas en datos posteriores a esta época.

Lo cierto es que lograda la unificación religiosa (primer paso para la unificación política, de ahí el interés común entre poder civil –Reyes Católicos- y el religioso), la inquisición se convierte en una herramienta de control social, que al haber implantado ya el miedo, no necesita ser excesivamente violenta, ya que la fama de tal le precede. No deja de ser curioso como ese miedo a la institución se manifiesta en los temas más banales. En pleno siglo XVII, se hace interesada ostentación del uso del tocino en la clásica olla, plato típico y habitual, hasta el punto de ser importante que tal uso sea públicamente conocido, ya que la sospecha de no utilizarlo puede ser motivo de pesquisas inquisitoriales por sospechas de judaísmo (y en menor medida islamismo).

Otra línea argumental es la que mantiene que existe una complicidad con la sociedad que desea la existencia de la Inquisición y que en absoluto se siente amenazada por la misma y que los afectados son en realidad una minoría. La base de ello es precisamente la denuncia de los sospechosos. En realidad la interacción entre Inquisición y sociedad es necesariamente compleja. Que duda cabe que el mecanismo secreto de actuación en los procesos inquisitoriales favoreció la utilización del mismo con fines poco confesables ¿Cuántas denuncias se llevaron a cabo motivadas por intereses ocultos? Imposible aclararlo, pero tuvo que haber muchas. Por otra parte estamos en un caso en que es posible afirmar la existencia del llamado "síndrome de Estocolmo", por el cual el dominado da por válida la dominación para hacer soportable la situación. Pero ello no

implica la desaparición del miedo, si no más bien todo lo contrario. También cabe preguntarse cuantas denuncias fueron hechas con el objetivo de demostrar ante la institución la propia inocencia. Tampoco en este caso podremos saber la respuesta, aunque la lógica nos dice que muchas.

Que las actitudes y acciones se fueron atemperando a lo largo del tiempo es indudable, pero ello no es merito de los inquisidores, si no la consecuencia de la evolución de la sociedad. La paulatina adquisición y desarrollo de conceptos relacionados con los derechos personales y políticos fue arrinconando a la institución, haciendo cada vez más difícil su actuación.

Ello no obstante y pese a los cambios sociales y de mentalidad introducidos, primero por la Ilustración, y después por la Revolución Francesa, que marcaron el futuro de la sociedad europea, en primer lugar, y mundial a lo largo del tiempo, la Inquisición, como tal, pervivió hasta 1870, y sin poder real hasta 1965, en que se transforma en la "Congregación para la Doctrina de la Fe". Tal es el caso que en 1858 se perpetrará el rapto legal, en Bolonia, de Edgardo Mortara, niño de familia judía. La supuesta razón de la Inquisición para practicar tal atrocidad es que una criada cristiana de la familia había procedido a su bautismo (sin conocimiento de la misma), motivada por sus creencias y por la situación de extrema gravedad en que se encontraba el niño en ese momento. Muy posteriormente, cuando este hecho llega al conocimiento de la Inquisición, se procede a su secuestro alegando que es cristiano y no puede ser educado por una familia judía.



**Pío IX**

Las acciones del padre desataron una reacción en contra de la Iglesia Católica, incluso a nivel internacional. Sin embargo el papa, Pío IX, se negó a reconocer el atropello, manteniendo su postura inflexible. Este tipo de acciones no era un caso aislado, si no bastante frecuente. Lo que lo diferencia es la insistencia del padre luchando por su hijo y la trascendencia que ello ocasionó. El último caso documentado similar data de 1864, en que un niño judío de nueve años, Samuel Coen, fue bautizado sin permiso de sus padre, siéndoles posteriormente arrebatado.

En 1870, los Estados Pontificios dejaron de existir al ser anexionados por las fuerzas del recién creado estado italiano, con lo que desaparecen los últimos vestigios del poder real de la Inquisición.

Los hechos en sí, más allá del drama familiar que implica, son la clara demostración de que la Inquisición no desaparece porque el Vaticano entienda su perversión y su injusticia. Desaparece porque se le impone a la Iglesia por la fuerza. Ni siquiera la petición de perdón de Juan Pablo II en relación a la misma es creíble, puesto que no entra en las cuestiones de fondo. Se limita a las cuestiones de forma, y el hecho que lo demuestra es la coincidencia en el momento histórico, de esa petición de perdón, con la beatificación de Pío IX, también realizada por Juan Pablo II.

La Inquisición no es un tema cerrado, una curiosidad histórica. Y no lo es porque es la imagen de la intolerancia y del fanatismo. Si hoy la Inquisición no existe tal como nos la presentan los documentos históricos, no es porque la Iglesia la haya descartado. Es simplemente porque carece de poder real para aplicarla. Pero sigue ahí, latente